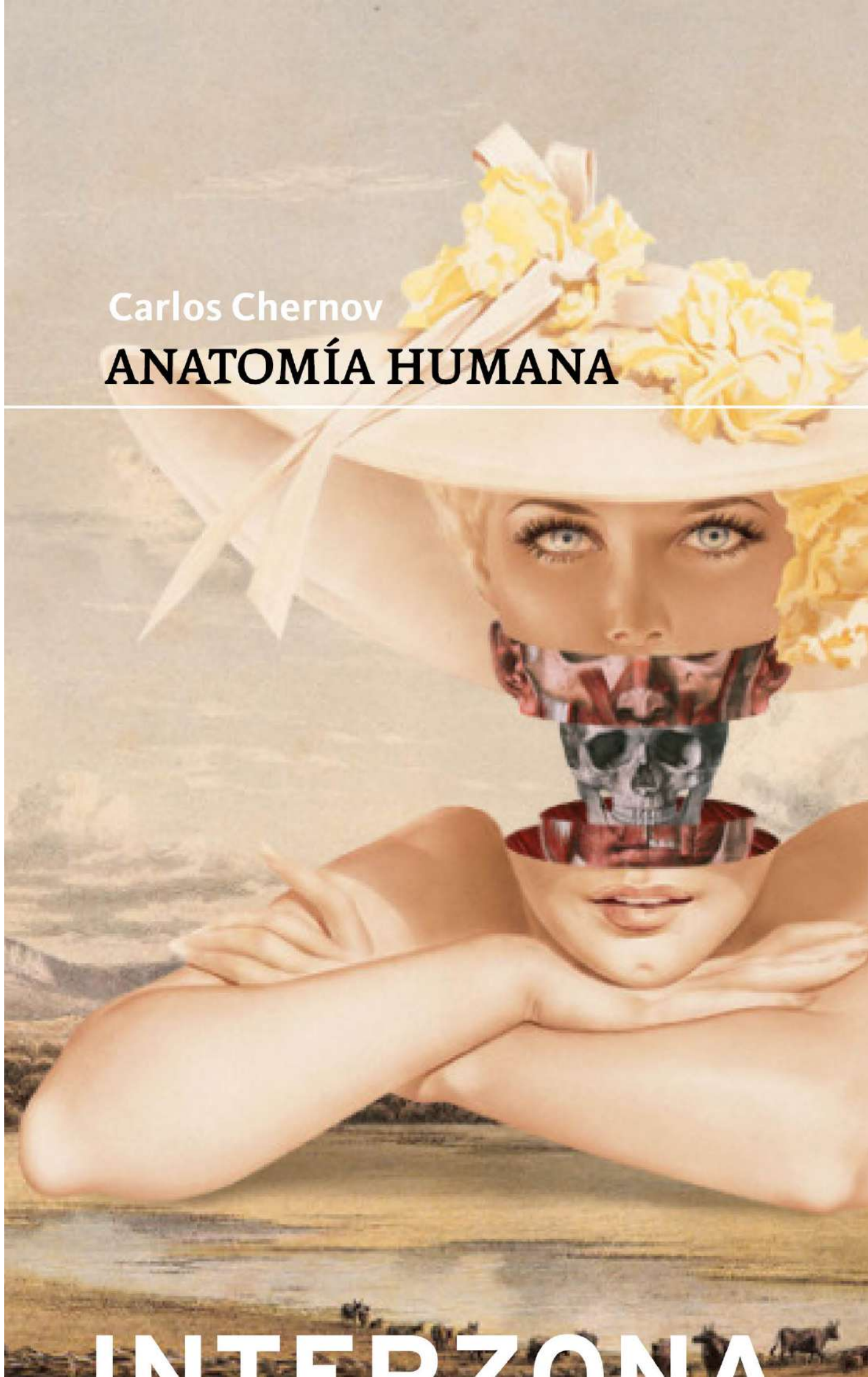


Carlos Chernov

ANATOMÍA HUMANA



INTERZONA

Carlos Chernov

ANATOMÍA HUMANA



INTERZONA

INTERZONA

Chernov, Carlos
Anatomía humana / Carlos Chernov - 1a ed. -
Buenos Aires: Interzona Editora, 2020.
320 p.; 22 x 14 cm. (Línea C)
ISBN 978-987-790-011-8
1. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863

© Carlos Chernov, 2020

© interZona editora, 2020
Pasaje Rívarola 115
(1015) Buenos Aires, Argentina
www.interzonaeditora.com
info@interzonaeditora.com

Coordinación editorial: Luciano Páez Souza
Composición de tapa: Luciano Páez Souza
Collage de tapa: Russian doll, FFO, 2020
Corrección: Malén Vazquez

ISBN 978-987-790-011-8

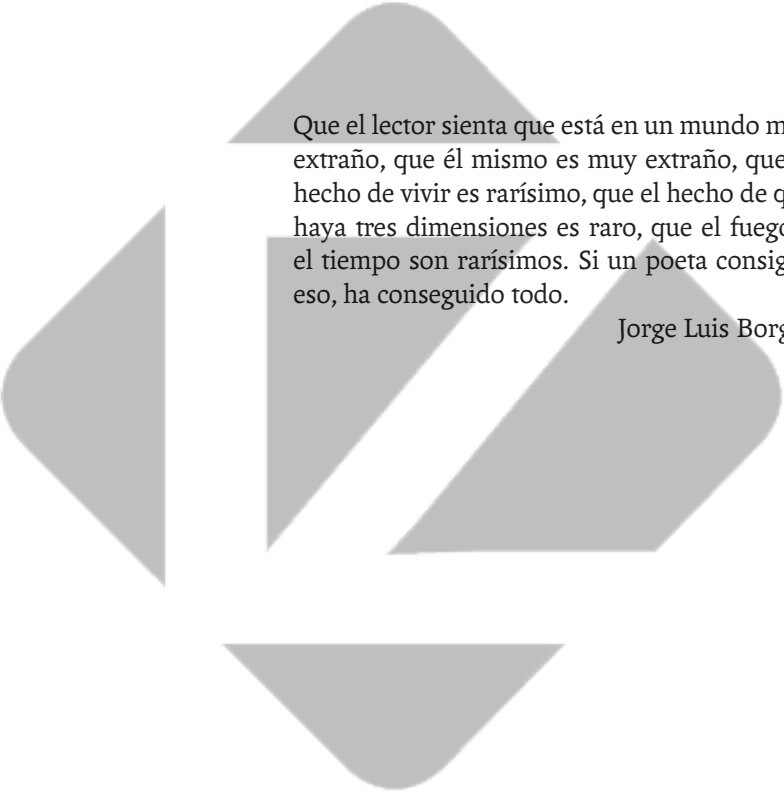
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*
Libro de edición argentina.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



Para mi viejo, que me enseñó los libros





Que el lector sienta que está en un mundo muy extraño, que él mismo es muy extraño, que el hecho de vivir es rarísimo, que el hecho de que haya tres dimensiones es raro, que el fuego y el tiempo son rarísimos. Si un poeta consigue eso, ha conseguido todo.

Jorge Luis Borges



In my beginning is my end.
T. S. Eliot

The page features a central graphic composed of several overlapping, rounded geometric shapes in a light gray color. These shapes are arranged in a diamond-like pattern around the text. Additionally, there are four registration marks (crosshairs) positioned at the top, bottom, left, and right centers of the page, and small L-shaped corner marks at each of the four corners.

PRIMERA PARTE

1. El advenimiento del milenio

Después de aquella noche, Mario vivió en un mundo habitado casi exclusivamente por mujeres. Cuando los gritos lo despertaron, todavía ignoraba que la mayoría de los hombres ya había muerto.

Le dolía la cabeza, se sentía abombado. Miró a su alrededor, se encontraba en el departamento que alquilaba desde su separación, ocurrida siete meses atrás. En la luz mortecina del amanecer vio frente a su cama la jaula de los conejos y más allá, apiladas a un costado de la mesa, las dos valijas negras en las cuales transportaba los juegos de magia. De la puerta de entrada de su único ambiente colgaba una cartulina que imitaba un pergamino, en cuyo centro aparecía la figura de una pirámide invertida formada por el siguiente texto:

```
A B R A C A D A B R A
A B R A C A D A B R
A B R A C A D A B
A B R A C A D A
A B R A C A D
A B R A C A
A B R A C
A B R A
A B R
A B
A
```




Se lo habían entregado cuando se graduó en la escuela de magia: “Es un símbolo de nuestro oficio”, le explicaron, “también, una palabra cabalística muy antigua. Tiene poder contra la peste”.

De una percha de pie colgaba su frac de mago, los sobacos estaban aureolados de un sudor agrio con olor a caldo viejo. Durante los números de escapismo Mario transpiraba copiosamente; solía pasar vergüenza, a pesar de sus desesperadas maniobras tardaba demasiado en escabullirse del chaleco de fuerza. Al restregarse los ojos, percibió en sus manos la loción a lavanda que usaba para tapan el tufo de la orina de sus conejos. Cuando los sacaba de la galera, deslumbrados por la luz, los conejos se meaban de miedo entre sus dedos. De todas formas era inútil perfumarse, uno y otro olor habían quedado tan asociados entre sí que ambos le daban asco.

De repente, recordó los gritos. Pensó por un segundo que habían sido sus palomas, antes de acostarse las había dejado afuera. La jaula colgaba de una sog para tender la ropa, en el pozo de aire y luz. Se trataba de una especie de castigo –sonrió para sí mismo–; en las últimas noches las palomas lo habían despertado con sus arrullos y gorjeos. (Él llamaba a eso su “griterío sexual”, aun cuando no estaba seguro de que el cortejo fuera la causa del alboroto. Mario no entendía nada de palomas, solamente sabía dónde comprar una nueva cuando se moría la anterior.) La convivencia forzosa con los animalitos del oficio lo tenía harto. Era absurdo; frente al público los hacía aparecer y desaparecer a su antojo, en cambio, en la vida cotidiana, no sabía qué hacer con ellos.

Otra vez había dormido intranquilo, como casi todas las noches desde su separación. En la cama le costaba pensar, sentía confusión y desasosiego en las horas de la madrugada. En ese estado de fragilidad mental lo asaltaban temores ridículos. Por ejemplo, siempre había tenido miedo de pudrirse si permanecía demasiado tiempo inmóvil. Su amigo Rogelio aseguraba: “Si te quedás quieto un rato largo, vas a ver cómo las hormigas empiezan a subir por tus zapatos”. Acostado, durante las interminables horas del reposo, Mario imaginaba la agitación febril de las bacterias reproduciéndose en su sangre estancada. Su mal aliento de la mañana le confirmaba la sospecha de que estaba poniéndose rancio.

Nuevos gritos lo obligaron a salir de esas cavilaciones. Al asomarse a la ventana, oyó un sollozo proveniente de los pisos infe-



rios que fue en aumento hasta convertirse en un llanto continuo, escandido por largos gemidos de dolor. Mientras trataba de adivinar de dónde brotaban los lamentos, un alarido terrorífico le erizó los pelos de la nuca. Una voz femenina repetía en una letanía un nombre: “Enrique, Enrique, Enrique...”. Se oían otros llantos más lejanos, sin excepción partían de mujeres adultas.

Unos golpes urgentes, aunque tímidos, dados a su puerta lo distrajerón de sus especulaciones.

–Ya voy... un minuto –gritó. Se puso los pantalones, un par de mocasines, la camisa del día anterior y un grueso suéter. Le abrió a una viejita simpática que, entre disculpas, le pidió que la ayudara a acostar a su esposo.

–Se durmió en el sillón y no lo puedo despertar. Debe estar descompuesto.

Cada vez que Mario oía esta palabra, con resonancias de maquinaria y aparato digestivo, se refería a alguien que ya había muerto y que pronto, efectivamente, entraría en estado de descomposición. En el departamento vio a un viejo sentado sobre un sillón tapizado en pana verde musgo, con una oscura mancha de grasa en el lugar donde apoyaba la cabeza. Usaba una *robe* de franela verde y estaba frente a dos televisores. El de abajo, más antiguo, servía de base al de arriba que, en ese momento, mostraba en la pantalla un crepitar de puntos de lluvia. “Fin de la transmisión”, pensó Mario.

–Vamos a llevarlo a la cama –propuso la mujer–, allí va a estar más cómodo.

Mario se metió entre el hombre y el respaldo del sillón, y lo sujetó por las axilas. Cañones de plumas de ganso y mechones de erectos pelos de caballo perforaban la trama del tapizado; cuando intentó levantar al viejo, le pincharon los costados. Lo abrazó mientras la mujer lo sostenía por las piernas. Mario sintió contra el pecho la espalda todavía caliente y húmeda de su vecino, y en la nariz el olor seboreico de su cuero cabelludo. Después de acostarlo en la cama, ambos se quedaron contemplándolo. Estaba demasiado flojo. Ninguno de los dos trató de averiguar si el hombre vivía.

Ella dijo en tono confesional:

–Toda la vida dormí con mis pies entre los de él, soy más bien de piel fría, sufro de la tiroides –aclaró–, ¡y él es tan tibio! ¡Su cuerpo es tan calentito!



Mario asintió en silencio, después le dijo que iba a buscar un médico. Ella estuvo de acuerdo.

Mientras esperaba el ascensor, oyó gritos en otros pisos. Algo antinatural estaba sucediendo. Los pasillos, antes familiares, le resultaban chocantes por su misma familiaridad. Se quedó perplejo observando los mosaicos de la escalera, le parecían rodajas de algún fiambre alemán; una gran morcilla de carne rojiza y pálidos ojos de grasa. Como si alguien hubiera mezclado, pegado y embutido piedra, cortándola luego en secciones cuadradas.

Salió del edificio. Apenas terminaba la noche, hacía frío. Se encontraba en la calle Paraguay, dobló por Arãoz, (solía tomar esa calle porque le gustaban los jacarandás, con sus flores aliladas, por desgracia todavía no era la época). Descubrió un auto chocado contra uno de estos grandes árboles. Había un hombre reclinado sobre el volante con la cabeza apoyada sobre los antebrazos cruzados, parecía dormido. Un gran danés empañaba las ventanillas con el hocico; lo sobresaltaron sus ladridos afónicos y cavernosos. Con cada jadeo, la saliva del animal chorreaba en regueros sobre el vidrio. Daba vueltas entre una ventanilla y otra, bloqueando sus intentos por ver si el hombre continuaba con vida. A pesar de la situación, a Mario le causaron gracia los testículos enfundados en piel grisácea, delgada y lampiña, bailoteando entre las ancas. Aunque lo atemorizaba, decidió abrir el coche. El perro salió apurado y, sin hacerle fiestas de ningún tipo, fue de inmediato a orinar contra un árbol. Mario palpó al hombre, supuso que estaba muerto.

Por la vereda pasó un grupo de mujeres. Tres de ellas arrastraban a una cuarta que se defendía sin mucha convicción. “Tal vez sea una médica”, se dijo Mario, pero no trató de acercarse. Decidió visitar a su ex mujer.

La casa de Estela quedaba en Córdoba y Malabia, a unas diez cuadras. Cada tanto, se manifestaban nuevos signos de la tragedia. Lo desconcertaba andar por calles tantas veces transitadas y oír a cada paso mujeres llorando y gritando, y ver autos detenidos o estrellados. Se sentía como un actor en una película de ciencia ficción.

Sobre ese telón de fondo se destacaban incidentes singulares. Una chica joven tiraba ropa de hombre por la ventana; tal vez interpretaba la ausencia nocturna del marido como un caso de infidelidad simple.





Más allá, una mujer se arrojó desde la terraza de un edificio en torre. Mario oyó una explosión en el cielo, sobre la copa de un árbol enorme, y luego vio caer una lluvia de ramitas, hojas y madera pulverizada. El cuerpo descendía en medio del estruendo. Se estrelló de cara contra los baldosones de cemento de la vereda. Un charco de sangre rodeó la cabeza fracturada; en la mano derecha todavía aferraba un rosario de cuentas de ónix. Un círculo de mujeres se quedó contemplando el cadáver pero ninguna se animó a tocarlo ni a darlo vuelta, acaso por el estado de su rostro. Pasó un rato, no acudieron ambulancias ni patrulleros. Mario siguió su camino.

En el edificio donde había vivido con Estela no había electricidad. Mario subió por la escalera. Frente al departamento golpeó varias veces, después se empezó a impacientar. Lo torturaba la idea de que ella hubiera pasado la noche con otro hombre. Un ataque de celos lo impulsó a patear la puerta. Al fin se calmó, decidió esperarla, se sentó en la escalera y se preguntó por qué se quedaba.

Como pareja habían sido un desastre, pero Estela todavía lo atraía mucho. Le encantaban sus perfectos modales de mesa, su título de médica (se dedicaba a la cirugía plástica) y la seguridad con que encabraba cada uno de sus actos. Tenía el pelo negro, abundante y brillante, el cutis mate y los ojos verdes. “Sos una belleza mediterránea”, le decía Mario, entre burlón y admirativo. Sobre todo, después de que un hombre la piropeó en la calle llamándola “gitana de civil”.

Habitualmente, Estela lo menospreciaba. Mario recordaba una escena en la que desnuda frente al espejo del botiquín del baño, mientras peinaba a gran velocidad los mechones de su cabellera, con los dedos en pinza y con gesto de estar pellizcando lana cruda, lo iba acusando de holgazanería, ineptitud para ganar dinero, falta de potencia sexual y otros delitos menores. Entretanto, él contemplaba con fascinación cómo el cuerpo flaco de su mujer temblaba, amoratado de frío, con la piel erizada y los pezones duros. Pero Estela permanecía impasible ante su propio padecimiento físico y solía continuar largamente con los reproches. Mario, idiotizado, pretendía apaciguarla, la abrazaba por atrás con deseo; entonces su mujer lo apartaba, asestándole un golpe en las costillas con sus codos filosos.

Mario calculaba que la había visto llorar a lo sumo dos o tres veces. De chica la habían operado de estrabismo y le había quedado



una cicatriz en la esclerótica, al lado del iris. Era una línea blanca que, por lo general, apenas se advertía, pero con el llanto se congestionaba y durante varias horas tomaba un feo color encarnado. “Sangra por la herida”, pensaba él con cierto goce maligno. Esa línea sangrienta en medio del ojo le daba el aspecto de una alargada pupila de reptil. Mario suponía que la aspereza de Estela se debía, en parte, a esta marca. Como si desde la niñez se hubiera sometido a un largo entrenamiento para contener las lágrimas, tal vez inducida por algún adulto que no soportaba ver sus bellos ojos arruinados. Efecto curioso: una deficiente cicatrización de los tejidos le había agriado el carácter y, quizá, señalado la cirugía plástica como vocación de su vida.

El ansia por seducir a su mujer lo sumía en estados de ensañación tan sistemáticos que parecían un delirio, en ellos imaginaba que triunfaba en sus propósitos y conseguía tenerla a sus pies. Fueron escasas las oportunidades en las que se animó a rebelarse. En cierta ocasión, habían ido a una fiesta; Estela usaba un vestido bordado con lentejuelas malvas y violetas, que dibujaban su torso imitando un traje de luces. Era ropa prestada. En algún momento, mientras bailaban, las lentejuelas comenzaron a caerse –sus bordes filosos cortaban los hilos resecos que las unían al vestido–. Él estuvo toda la noche agachado sobre manos y rodillas, recogiendo las lentejuelas entre los zapatos lustrados y las piernas femeninas; entretanto, ella seguía bailando impasible. Mario entró al auto protestando y refunfuñó durante todo el trayecto de vuelta. Estaba harto de la altanería de su mujer. Estela no le contestó ni una palabra. Cuando se fueron a la cama, ella le dijo que se callara y comentó: “Solamente el clima húmedo es más pesado que un mal matrimonio”. Esa actitud de desear de cuajo sus reclamos dejaba a Mario mudo. Dudaba de sí mismo, inventaba razonamientos aplacatorios por si su mujer continuaba enojada al día siguiente.

El fin del vínculo se precipitó en medio de una discusión, durante la cual Mario aprovechaba para retocarse las uñas con un alicate. (Sus uñas de mago debían estar perfectas, el público miraba atentamente sus manos. Cuando tenía dinero iba a la manicura; si no, se las cortaba, limaba y esmaltaba él mismo.) La pelea se desarrollaba de un modo cortés, ninguno de los dos gritaba. Estela hablaba de manera burlona y distante de los reiterados fracasos económicos

de su marido. Estaba en lo cierto: le habían rescindido el contrato en un restaurante donde animaba almuerzos infantiles, su única entrada mensual fija. De repente, voló un fragmento de uña, pequeño y puntiagudo, y se incrustó en el ojo de Estela.

–Idiota, cuántas veces te dije que saltan los pedazos, idiota... , sos idiota... –le gritaba entre lágrimas.

El ojo se puso malo, tuvieron que ir al oculista, quien diagnosticó úlcera de córnea y lo tapó con un parche de gasa. Ella comentó con el médico, y con cuanta persona tuvo a su alcance, lo estúpido y asqueroso que era su marido para cortarse las uñas. Sus ojos siempre la preocupaban.

Poco tiempo después, Estela lo echó. Puso sus valijas de mago y su ropa en la puerta. Fue la única vez que Mario se descontroló: tiró a su mujer sobre la cama y le vació encima el tacho de basura lleno de cáscaras de papa y cebolla.

Decidió que no valía la pena esperarla. Afuera hacía frío, era una mañana de domingo soleada y fresca. Un día que no coincidía con la incomprensible desgracia que estaba ocurriendo. En las caras de las mujeres Mario observaba turbación y locura. Pensó que lo mejor hubiera sido usar su auto –un viejo Fiat–, se habría sentido más protegido. Eligió las calles menos transitadas. Caminaba de nuevo por Aráoz; a la altura de Soler encontró un policía muerto en la vereda. Aunque no había duda, se agachó para ver si respiraba. Notó que le habían robado el arma.

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo en www.interzonaeditora.com y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

interZona es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

INTERZONA